

Francisco García Sánchez. Provisional.

HERNÁN CORTÉS NO MATÓ A MOCTEZUMA

El pasado día 24 de enero (1990) el prestigioso programa de la Televisión Española, que se emite todos los miércoles, desde la ciudad Condal, programa que se lleva a cabo, por el periodista Constantino Romero, en una de sus preguntas de «El tiempo es oro», apartado: «Nuestros temas», se preguntó al concursante valenciano, sobre quien fue el que dio muerte al Emperador azteca Moctezuma. La respuesta que se dio por válida, con 10.000 Ptas. de premio, fue rotunda: Hernán Cortés.

Haciendo uso de réplica, al día siguiente, 25 de enero, escribí al programa, rogando rectificasen, porque a través de la historia, una vez más, se le colgaba al conquistador de Méjico, nuestro extremeño y nuestro metelinense, otro «sanbenito», en cuya especialidad, la «leyenda negra», suele ser especialista y no nos coge de sorpresa a los que estudiamos de cerca las sombras y las luces, de este, aún no justificado personaje de la historia, de quien, no siquiera en las proximidades del V Centenario del descubrimiento de América, se le menciona, olvidándose de la inmensa labor que llevara sobre sí, la evangelización de una parte del continente, que él quiso honrarla con el título de Nueva España.

Tengo en mi poder unas veintidós biografías de Hernán Cortés. A lo largo de los años, de mi estancia en Medellín, he tenido la oportunidad de poder leer, revistas, periódicos, libros, tener coloquios con hombres especializados de la prensa, radio y televisión, turismo nacional y extranjeros. He leído biografías críticas, biografías psicológicas, meramente narrativas de esta figura cumbre del Conquistador. He tenido en mis manos las más grandes alabanzas: «Hernán Cortés es superior a Alejandro Magno, César o Napoleón, todos ellos sembradores de semillas, de unas civilizaciones, sobre el Sustrato cultural de los pueblos conquistados», dijo el rector magnífico de la Universidad de Salamanca, Don Pedro Amat, en la inauguración del

congreso sobre Hernán Cortés, celebrado en la ciudad charra del 23 al 26 de octubre de 1985. Las citas serían interminables.

Junto al incienso de la alabanza está la mirra del fanatismo, de los que le consideran como: «malhechor» - (Diario El Dictamen, de la prensa mejicana, n^o 24369, sábado día 3 de diciembre de 1977, artículo que aparece en primera página, con la firma de José Luis Melgarejo Vivanco).

También las citas, en este sentido serían interminables. Y es que como diría D. Carlos Callejo Serrano, cuando tomó posesión, como miembro de número, de la Real Academia de Extremadura, sillón N^o13, el día 17 de abril de 1983 - (Diario Hoy 18 abril) - «Hay una serie de liliputienses, a quienes agria el alma su pequeñez y no encuentran otra manera de disimularlo, que cortar los pies a las figuras de los titanes».

Tal debe ser, esta campaña de descrédito, sobre la muerte de Moctezuma atribuida a Hernán Cortés y a los españoles, vísperas de la famosa «Noche Triste», como consecuencia de la imprudencia de Alvarado, estando ausente H. Cortés, cuando el ataque por sorpresa a Pánfilo de Narváez.

¿De dónde arranca esta leyenda?

El crítico e historiador Ion Manchip White, en su libro: «Hernán Cortés» «La caída del Imperio Azteca» (Biografías Gandeza-Barcelona 1974-Pág. 238 se hace eco de esta leyenda negra, mencionando al «historiador indio Ixtlilxóchitl, bautizado con el nombre de Fernando de Ávila, que escribió de Moctezuma, fue herido por un golpe en la cabeza, puñaladas y un golpe de espada en los riñones. Los informadores indios de fray Diego Durán le dijeron, que encontraron muerto al rey (Moctezuma), con una cadena alrededor de los tobillos y cinco heridas en el pecho, rodeado de muchos jefes y notables, que habían estado presos y que los españoles habían apuñalado, antes de salir del palacio».

El también historiador y crítico de Hernán Cortés D. Salvador de Madaria-

ga, en su obra de todos conocida, sobre el conquistador de México «Hernán Cortés», tiene una nota aclaratoria, la nº 9, al capítulo XXIII, de la edición octava 1964 - Buenos Aires - página 702, que desentraña toda la maleza de este asunto. Los nombres de Torquemada, Sahagún con sus contradicciones palpables sobre la muerte de Cacama, que asegura murió en el palacio, siendo así incierto, pues el mismo H. Cortés en la carta al Emperador le hace saber, que el citado Cacama, fue con él por el canal de Tacuba, corehén, donde pereció - La cita sabrosa del quinto marido de la muy casada Tecuichpoch, bautizada Dña. Isabel, hija de Moctezuma, acérrimo enemigo de Cortés -. Como todas estas citas, son largas, remito al lector, que las estudie donde se ve el poco fundamento histórico, de esta

calumnia sobre la muerte del Emperador azteca, a manos de nuestro extremeño.

Con estos cimientos científicos, no es difícil el derrumbamiento de la leyenda negra, pues parte ya inicialmente de prejuicios subjetivos que no admiten la crítica de la veracidad histórica.

Que Hernán Cortés no fue el autor de la muerte de Moctezuma, lo encontramos ya en los propios escritos del Conquistador, concretamente en la 2ª carta. que dirige a Carlos V, Colección Austral, Espasa Calpe, S.A. página 91 dice:

11 y el dicho Moctezuma, que todavía estaba preso, y un hijo suyo, con otros muchos señores, que al principio se habían tomado, dijo que se sacasen a los azoteas de la fortaleza y que él hablaría a los capitanes de aquella gente, y les haría que cesare la guerra. E yo los hice sacar, y en llegando a un pretil, que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar a la gente, que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos, en la cabeza, tan grande, que de ell! a tres días murió; e yo le fice saber así muerto a dos indios de los que estaban presos, e a cuestras, lo llevaron a la gente y no sé lo que dél se hicieron, salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada die»,

En este escrito, se hace constar, que la muerte provino «de los suyos» a causa de las pedradas recibidas, mientras Moctezuma les hablaba.

Junto a este testimonio del propio Hernán Cortés, que lógicamente no se puede dudar, tuviera intención de mentir al Emperador, pudiéramos aducir otras narraciones de testigos oculares, que lo presenciaron y que después, habían de transmitir a la posteridad, como es el caso de Bernal Díaz del Castillo, cuya prodigiosa memoria, nadie pone en duda, después de leer la obra cumbre de la conquista y que él dejó como herencia a sus familiares, desde su retiro de la encomienda de Guatemala, donde falleciera pasados los noventa años en 1581, en su obra: «Historia verdadera de la conquista de la nueva España», escrita precisamente para refutar las falsedades de la Conquista de Méjico y las adulaciones tontas a Hernán Cortés por parte de Francisco de Gómara, su capellán.

Bernal Díaz del Castillo, sobre la muerte de Moctezuma dice:
(Narra la presencia de Moctezuma ante sus guerreros amotinados)

» y no hubieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazón tiran tanta piedra y vara, que los nuestros le arrodaban; y como vieron que entre tanto que hablaba con ellos, no daban guerra, se descuidaron un momento del rodellar, y le dieron tres pedradas e un flechazo, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna y puesto que le rogaban

que se curase y comiese y le decían sobre el/o buenas palabras no quiso; antes cuando no nos catamos, vinieron a decir que era muerto y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados».

Estos son los documentos que acreditan la veracidad del hecho. El ser testigos oculares, la minucia de detalles que acompañan al relato de la muerte de Moctezuma, el sentimiento unánime de dolor de los españoles, el derramar lágrimas del propio Cortés, ante el cadáver del Emperador azteca, ¿No prueban suficientemente, que el «Códice Ramírez», de relación anónima, en el que se apoyan las insinuaciones de Durán, Acosta y Sahagún

por citar, a modo de ejemplo, los iniciadores de la burda historia del asesinato de Moctezuma, por mandato de Hernán Cortés? ¿Es posible dar crédito a Chimalpain, que para recargar las tintas de la «leyenda negra» tenga el atrevimiento de asegurar que Moctezuma «fue estrangulado» y que murió a hierro «cinco horas antes, de su inútil aparición, en las terrazas altas del palacio de Axayácatl ? ... es decir, que lo que apareció ante los guerreros aztecas, fue un cadáver embalsamado, como la famosa historia portuguesa de Inés de Castro, que inmortalizara el escritor Camoens, en la obra «Los Lusíadas», y que posteriormente Vélez de Guevara recordara en su drama titulado «Reinar después de muerta».

Hace falta tener mucha fantasía y sobre todo mucha malicia, para escribir semejantes impugnaciones calumnias a un hombre, que no dudó en rebajarse a llorar como un amigo, si es que fuera su verdugo.

Héctor Pérez Martínez, en su obra «Cuauhtemoc», con el sobrenombre de «Vida y muerte de una cultura», en el capítulo VII, página 98, parece gloriarse en pintar el contraste, entre el dolor de los indios, por la muerte de Moctezuma, su amor, las exequias fúnebres que tributaron al cadáver, con la frialdad de los españoles, ya liberados de la carga del Emperador muerto.

Así se escribe la historia. Cuando no se puede adorar al ídolo, se le retira del altar, y se le lleva al almacén de los despojos, para que no brille. En una ocasión, dice la fábula, un sapo escupió a un gusano de luz, y al preguntarle éste, porqué lo hacía, respondió: «porque brillas».

Para el que mira la historia a la luz de los hechos, sin pasión y sin prejuicios, la muerte de Moctezuma, narrada por los que pudiéramos llamar «periodistas» de visu, no tiene segundas explicaciones. Pero es que además, bajo el prisma de la estrategia militar, a Hernán Cortés no le interesaba la muerte de Moctezuma, sino por el contrario, su vida era de gran valor, ante los acontecimientos de la Conquista. Ion Manchip White, en su citada obra, explica con una lógica irrefutable, que Moctezuma vivo,

«hubiera conseguido influir en su pueblo», lo que no se conseguiría con las armas. El propio Díaz del Castillo, lo hace constar, cuando dice:

ti por culpa de la muerte de Moctezuma, nunca nos dejaron solos: veíamos la muerte en sus caras». A Hernán Cortés gran poi ítico y estratega, le hubiera interesado mucho la presencia del azteca Uei Tlatoani, como se le denominaba con frecuencia.

por otra parte, la muerte de Moctezuma, no concuerda con la táctica usual del conquistador, que era hacer rehenes, para posibles pactos de intercambio. En la «Noche triste» del palacio de Axayácatl, salieron juntamente con sus soldados, importantes hombres influyentes y dignatarios del bando mejicano. Lo mismo hizo en el viaje a las Hibueras.

La historia y la razón se unen para demostrar la falsedad del origen del crimen. No sabemos si el programa de televisión española de los miércoles: «El tiempo es oro», tengan otras fuentes informativas, para dar por válida la pregunta, que realmente no tiene otra respuesta.

Como corolario informativo, que puede enriquecer nuestra tesis, en torno a la muerte de Moctezuma, nos hacemos eco de los muchos autores, biógrafos de Hernán Cortés, que han estudiado este. En ellos veremos como la generalidad de todos ellos, bebiendo en las fuentes originales, que hemos mencionado, explican este acontecimiento:

Antonio Herrera, cronista mayor de su Majestad en las Indias en la «Década 11» capítulo X, asegura: «*Tiraron muchas piedras i flechas i aunque vn Caftel/ano tenia cuidado de arrodelar a Motecutne, quifo la detgrece, que le acertó vna piedra en las fíen es: baxó a su epoiento, hechofe en la cama i eftuvo tan everonzedo, i corrido, que aunque la herida no era mortal, por el tentimiento, i por no querer comer ni fer curado, en quatro dias fe murió*».

Salvador de Madariaga, en su libro: «Hernán Cortés», capítulo XXIII nos

da un nuevo detalle de esta muerte. Cuando Guatemocin vió a Moctezuma hablando en la terraza exclamó: «¿Qué es lo que dice, este bellaco de Moctezuma, mujer de los españoles? Como a vil hombre le hemos de dar el castigo y pago» y le asestó un flechazo. Llovieron las piedras y varas sobre el desdichado emperador, que los españoles protegían con sus reodelas, pero no tan bien que le alcanzasen tres piedras. Cayó herido y durante tres días, fue bajando a la muerte, no tanto por la sangre perdida, como por la fe y el espíritu que le habían abandonado»

Ángel Doctor, en su libro: «Hernán Cortés», capítulo VII, se hace eco de esta falsa leyenda y dice «*Lo que resulta sorprendente, es que con tanta facilidad se hayan prestado a dar pábulo a la misma, sin la más remota*

prueba para ello, numerosos autores españoles antiguos, a través de los cuales, se fue extendiendo la especiosa y gratuita afirmación ... a pesar de su absurdidad». Y más adelante: «*Acusación vertida contra el caudillo (H. c) español, que no fue sino una de tantas causas malévolamente, para opacar su grandeza*» (Pag. 221)

Carlos Pereira, historiador mejicano y por lo mismo personaje importante en este asunto, cuyo criterio tiene un sobrevalor, por su nacionalidad dice en su libro: «Hernán Cortés», en el capítulo de La Noche Triste dice rotundamente y sin paliativos diplomáticos: «*De ningún modo puede afirmarse, que lo asesinaran los españoles. Esto nadie podrá demostrarlo*». No puede decirse más en tan pocas líneas y si él hubiera podido sospechar algo en contra, ¿no lo hubiera dicho?

Del mismo parecer y casi con las mismas palabras, mencionan la muerte de Moctezuma, los escritores Ricardo Majó Framis, en el 11 tomo de su obra, «Navegantes, conquistadores y colonizadores españoles» páginas 384 y 385.

Nos haríamos sumamente reiterativos en citas de esta muerte a manos del pueblo sublevado y guerrero contra su emperador.

Entre los autores más modernos: Luis Martínez Kleiser; F. A. Kirkpatrick, en «Conquistadores Españoles», Cap. VII, pág. 66; Iairna Jerez, en «Hernán Cortés», tercera parte, cap. 1; los mismos datos en el libro de «Los amigos de la historia» con el título: «La muerte del Imperio azteca». Igualmente lo narra, Ileana Babelón, en «Hernán Cortés», editorial Aguilar, Madrid 1960, pág. 254; En la edición «Grandes de todos los tiempos», «Hernán Cortés», de Roberto Bosi, pág. 56; Carmen Soler, en su libro: «Hernán Cortés» Cap. X i)11, pág. 107; De la editorial Hombres Famosos, título «Hernán Cortés, un capitán en Méjico», La Noche Triste, pág. 156; Nicolás González Ruiz, en su libro: «Vidas Paralelas: Pizarro y Hernán Cortés», cap. VIII, pág. 139.

Entre las publicaciones más actuales, que tratan el tema, del Conquistador de Méjico, está la obra, editada por el diario HOY de Badajoz, que lleva por título general, «Extremadura y América», Volumen 11, Colección 92, cuando estudia la figura de Hernán Cortés, el profesor Florencio Vicente Castro, de la Universidad de Extremadura, en el capítulo de la Noche Triste, página 57, dice: Le costó «morir apedreado por sus propios ex vasallos».

En la publicación de Cuadernos Populares, Nº 29, Hernán Cortés la Vida y su Tiempo, el escritor Miguel Rodríguez Cancho, de pasada y ligeramente,

casi al final del Apartado 4, página 23, habla del «Desprestigio de Moctezuma, ante los suyos».

El día 26 de mayo de este año, el escritor José Luis Olaizola, en el Colegio Mayor Nº 5ª de Guadalupe, de Madrid, hizo la presentación de su libro «Hernán Cortés, crónica imposible». Tal vez sea este estudio, lo último publicado del Conquistador de Méjico. En el capítulo XV, cuando habla de la Noche Triste, en la Página 219, relata prácticamente lo mismo, que ya se ha dicho, bebiendo en la fuente original de Bernal Díaz del Castillo.

Con esta recientísima publicación del vasco Olaizola, nacido en San Sebastián (1927), con residencia en el madrileño pueblo de Boadilla del Monte, ponemos punto final, a este estudio, sobre la muerte de Moctezuma, con el testimonio aplastante, de que Hernán Cortés, no sólo no fue culpable, sino que sintió su pérdida, como si de algo propio se tratara. Las

lágrimas de los hombres son siempre muy significativas.